A LOS 125 AÑOS
DE LA GUERRA DE CUBA (Y II)

LA PRENSA CATÓLICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO ANTE «EL DESASTRE DEL 98»

Rodrigo Ruiz Velasco Barba
Universidad Panamericana (México)

RESUMEN. La guerra hispano-estadounidense de 1898 fue seguida de cerca y con pasión desde México. El presente artículo pretende dar un recorrido por la prensa católica y conservadora de la capital, particularmente a través de los periódicos *El Tiempo* y *La Voz de México.* Esta revisión muestra los discursos y argumentos con los que ambos diarios fundaron sus posturas a favor de España y contra el expansionismo estadounidense.

PALABRAS CLAVE. Prensa católica. Conservadurismo mexicano. Imperialismo estadounidense. Hispanismo. Guerra de 1898.

ABSTRACT. The Spanish-American War of 1898 was followed very closely and passionately from Mexico. This article aims to review the Catholic and conservative press of the capital city, particularly through the newspapers *El Tiempo*

and *La Voz de México.* This review shows the speeches and arguments of both newspapers, which supported positions in favor of Spain and against American expansionism.

KEY WORDS. Catholic press. Mexican conservatism. American imperialism. Hispanism. War of 1898.

1. Introducción

> [...] al estallar la guerra entre España y los Estados Unidos, y formarse los bandos escolares, la mayoría optó por el partido que llamaban de «los cubanos». Yo organicé el grupo de «los españoles» [...] Y nos batíamos a palos y pedradas por la playa y por detrás del cuartel [...]
>
> José Vasconcelos[1]

Cuando se produjo la guerra hispano-estadounidense de 1898, en México se forjaba la llamada «generación del Ateneo», que luego sería protagonista dentro de la Revolución mexicana.[2] Entre ellos se encontraba el autor del epígrafe, fundador de la Secretaría de Educación Pública y luego político opositor al callismo, filósofo, y fulgurante memorialista. Nuestro *Ulises criollo* evocaba en el citado párrafo sus avatares como estudiante en el Instituto Campechano, cuando apenas rondaba los dieciséis años. Tratándose de un adolescente cuyo pasado remitía a la frontera septentrional, ya se presumía desde entonces un mexicano bien consciente de la enemistad anglosajona, cosa que afirmaba ser no tan común entre sus compañeros oriundos de la península de Yucatán. El aula escolar, pues, se polarizaba ante el cercano conflicto, y el joven Vasconcelos esgrimía contra sus rivales la idea de que en Cuba ocurría lo mismo que con Texas durante

1 José Vasconcelos, *Memorias: Ulises Criollo-La Tormenta*, México, Fondo de Cultura Económica,1983, pp. 104 y 105.

2 Luis González y González, *La ronda de las generaciones,* México, Secretaría de Educación Pública, 1984, pp. 66 y ss.

nuestra República Centralista. Pese a ello, la sensación de peligro no debía estar ausente en aquel viejo puerto amurallado desde la mal llamada «colonia», baluarte contra las incursiones de los corsarios del Caribe. Rememoraba Vasconcelos al coronel del cuartel próximo, quien presto a evitar desmanes de mocedades y canalizar mejor esas energías, ofreció instrucción militar gratuita para los alumnos: marchas, saludos y cargas a bayoneta fueron precoz disciplina ante una imaginaria embestida yanqui. No fuera a ser que los estadounidenses apetecieran «brincarse» desde la asediada isla hasta la península siguiendo los trazos de Cortés.[3]

En el arcón de otros recuerdos menos interesantes –los que remontan a un entonces joven obrero y estudiante en la ciudad de Guadalajara– todavía se hallan, algo tenues y nebulosas, las lecciones de un divertido y dicharachero profesor. Al comenzar el tercer milenio quien esto escribe había escuchado muy poco sobre la guerra hispano-estadounidense de 1898, y la imagen que comunicaba aquel docente era la de un combate muy desigual entre una potencia en ascenso y, «al otro lado de la colina», una nación decadente que todavía se aferraba a un colonialismo caduco y brutal. Ese enfrentamiento finisecular, en las aguas del Caribe y del archipiélago filipino, habría sido el de una flota moderna y de acero contra unos vetustos buques de madera, remanentes de un pasado a punto de ser sepultado por el furioso impacto de la revolución industrial y científica. Pocos años más tarde cayó en mis manos *Operaciones de la guerra de 1898. Una revisión crítica*, de Agustín Ramón Rodríguez González, donde pude leer que no era tan simple, que «por lo general, las visiones de la contienda han respondido más a lo emocional e ideológico que a un análisis sereno de lo ocurrido», y que, en su día, al estallar el conflicto bélico, «la debilidad naval española no era tan evidente, incluso para observadores neutrales».[4] El panorama que me ofreció resultó distinto de aquella versión del salón universitario, que de alguna manera, en su caso concreto, se enlazaba con simpatías por la rebelión cubana y hasta con ecos de la *leyenda negra* antiespañola.

---

3 José Vasconcelos, *op. cit*., pp. 104 y 105.

4 Agustín R. Rodríguez, *Operaciones de la guerra de 1898. Una revisión crítica*, Madrid, Actas Editorial, 1998, pp. 14 y 199.

Las perspectivas contrapuestas del conflicto incitaban mi curiosidad, y, con el correr de los años, el deseo por conocer su relación con los mexicanos coetáneos. Creo que la historiografía mexicana todavía no ha agotado lo mucho que hay por descubrir, si bien hay meritorios acercamientos gracias, entre otros, a los profesores Aimer Granados y Tomás Pérez Vejo.[5] Es fácil sospechar que, para muchos mexicanos de aquellos días, semejante episodio pudo dar lugar a sentimientos contradictorios, los influidos por la quizás más generalizada simpatía hacia los rebeldes cubanos, que, podría argüirse, entonces desarrollaban una lucha análoga a la de nuestra secesión entre 1810 y 1821; pero, también, la inquietud que podría producir el expansionismo de Estados Unidos, cuya presa consuetudinaria había sido precisamente México, que por entonces todavía extendía su sombra amenazante sobre el resto de su menguado territorio. A la sazón el «dinamismo del viejo optimismo americano» no se dirigía únicamente –como escribiera el filósofo Frederick Wilhelmsen– hacia la frontera del oeste[6], sino que se veía tentado en continuar su proyecto de dominación hacia el sur. De ahí que para católicos-conservadores mexicanos surgiera la necesidad de una eficaz defensa frente al rapaz imperialismo estadounidense, misma que debía partir de algún remiendo del velo rasgado por los procesos revolucionarios que horadaron la extinta Monarquía católica.

Entre quienes han estudiado las relaciones bilaterales entre México y España, el historiador Lorenzo Meyer nos arroja una primera pista al afirmar que, pese a la postura de neutralidad que adoptó oficialmente el gobierno mexicano, «en la práctica y con

---

5 Una revisión de la prensa en manos de la colonia española en México. Aimer Granados, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX,* México, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2005, pp. 151 y ss. Análisis de la prensa mexicana ante el conflicto, en Tomás Pérez Vejo, «La Guerra Hispano-Norteamericana del 98 en la prensa mexicana», en Leopoldo Zea y Hernán Taboada (Comp.), *España: última colonia de sí misma*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia/Fondo de Cultura Económica, 2001, págs. 65-88; Tomás Pérez Vejo, «La guerra hispano-estadounidense del 98 en la prensa mexicana», en *Historia Mexicana*, vol. L, n. 2 (2000), pp. 271-308.

6 Frederick D. Wilhelmsen, *La mentalidad estadounidense. Una mirada desde España,* Madrid, Fundación Francisco Elías de Tejada, 2018, pp. 22 y 23.

la mayor discreción, se entrevistó con enviados españoles llegados de Cuba y les permitió obtener material de guerra en México –en buena medida financiado por la colonia española, en donde hubo colectas patrióticas– y embarcarlo a la isla; desafortunadamente para ellos, el bloqueo naval estadounidense fue muy efectivo e impidió su arribo».[7] Puede entreverse la encrucijada en que se hallaba el gobierno mexicano en aquellos momentos, sabedor de las graves condiciones de su vecindad, las que le orillaban a guardar una prudente neutralidad ante unos ojos vigilantes y conminatorios.[8] No obstante, parece que no se ha prestado la atención que merece a las posturas de sectores ajenos u opositores al gobierno. Enseguida procuraré iniciar mis propias pesquisas, atendiendo específicamente a los católicos mexicanos y sus perspectivas sobre el susodicho conflicto. Esta aproximación se dará a través de los periódicos *El Tiempo* y *La Voz de México*, que fungieron entre abril y septiembre de 1898 como dos de los principales heraldos del periodismo católico y conservador en la capital mexicana.[9]

En la historia de este país, el año de 1898 está inscrito dentro del periodo conocido como *porfiriato* (1876-1911), es decir, como una época bajo la presidencia autoritaria del general oaxaqueño Porfirio Díaz Mori –exceptuando el paréntesis de su compadre Manuel González ocupando la silla, de 1880 a 1884–, la que brindó una estabilidad política sin precedentes desde el término del virreinato novohispano. La relación entre el régimen porfirista y los católicos –particularmente los llamados conservadores– ha sido estudiada, entre otros, por Jorge Adame Goddard, y contamos, desde la perspectiva eclesiástica, con inestimables testimonios –como el de Francisco Banegas Galván– para tratar de obtener un panorama general.[10] En principio, puede aseverarse que la caída del anticlerical presidente Sebastián Lerdo de Teja-

7 Lorenzo Meyer, *El cactus y el olivo. Las relaciones de México y España en el siglo XX,* México, Editorial Océano, 2001, p. 68.

8 Mención de las circulares y decretos gubernamentales que ordenaban una estricta neutralidad, en: Aimer Granados, *op. cit*., p. 153.

9 Los números de ambos diarios fueron consultados en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada y en la Hemeroteca Nacional Digital.

10 Francisco Banegas Galván, *El porqué del Partido Católico Nacional,* México, Editorial Jus, 1960.

da, por el triunfo del Plan de Tuxtepec (1876), pudo ser recibida por los católicos conservadores con beneplácito. Sin embargo, no era un secreto que quien desde entonces ostentaría el poder era un viejo héroe del bando liberal (es decir, del ala más o menos radical), adepto de la masonería, quien, en su programa, había refrendado su intención de mantener la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma condenadas por la jerarquía eclesiástica y por el papa Pío IX.[11] Durante la llamada *pax porfirica*, con la salvedad de una tentativa en 1877, los católicos conservadores abandonaron las lides electorales, tanto porque se tornaron muy incrédulos respecto a la transparencia y legalidad de los comicios como porque el gobierno de Díaz dio señales de intolerancia frente al retorno de esa participación política.[12] Recuérdese el estigma que pesaba como una losa sobre los católicos conservadores, señalados por el triunfante liberalismo radical como comparsas del II Imperio mexicano de Maximiliano de Habsburgo, sostenido por los expedicionarios del emperador francés Napoleón III. La derrota conservadora, facilitada por Estados Unidos, había sido de grandes proporciones, y ameritaba en adelante un proceso de difícil reorganización y adaptación a las circunstancias, lo que, desde 1891, fue muy influido por la publicación de *Rerum novarum*, del papa León XIII, y la puesta a flote de un naciente «catolicismo social».[13]

La política religiosa del régimen liberal, encabezado por el caudillo oaxaqueño, es frecuentemente descrita como de conciliación con la Iglesia católica. El historiador Paul Garner definió la tónica porfirista como «liberalismo pragmático»,[14] mientras que algunos historiadores católicos y nacionalistas conservadores, como el jesuita Mariano Cuevas, al cumplirse el primer cuarto del siglo XX, calificaron este periodo como de reconstrucción de

11 Jaime Adame Goddard, *El pensamiento social de los católicos mexicanos, 1867-1914,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, pp. 95-97.

12 Ibid., págs. 96-100.

13 Manuel Ceballos Ramírez, *El catolicismo social: un tercero en discordia,* México, El Colegio de México, 1991.

14 Paul Garner, *Porfirio Díaz. Entre el mito y la historia,* México, Editorial Crítica, 2015, pp. 113 y ss.

la Iglesia.[15] A mi juicio, aseveraciones como la última ameritan relativizarse. Debe recordarse que, con las revoluciones liberales precedentes, la Iglesia católica había perdido la mayor parte de su riqueza y bienes inmuebles, al tiempo que había visto gravemente disminuidas sus instituciones de beneficencia y educación.[16] La impotencia material que a la sazón padecía la Iglesia pudo conducirla a apreciar aspectos de un gobierno que, sin renunciar a la legislación vigente, anunciaban una nueva era de concordia y prosperidad que dejaba en agua de borrajas, aunque fuera sólo en parte, la temida aplicación de la legislación anti-eclesiástica. A decir de Paul Garner, el propósito de Díaz fue subordinar a la Iglesia católica, y ello «exigía un delicado equilibrio entre el mantenimiento de los preceptos básicos de las Leyes de Reforma, al tiempo que, en la práctica, se hacía de la vista gorda ante múltiples violaciones tanto al espíritu como al texto de la Constitución».[17] Toda esta política podía apoyarse en la necesidad de una reconstrucción nacional tras haber recorrido más de medio siglo, desde la independencia en 1821, con frecuentes guerras civiles e intervenciones extranjeras, y encontró en los buenos oficios y amistad personal de quien llegaría a ser arzobispo de Antequera, Eulogio Gillow –preboste del clero liberal– una personificación del *modus vivendi.*[18]

Ante la mirada de Porfirio Díaz y dejando atónitos a sus correligionarios liberales más beligerantes, la Iglesia católica pudo, ciertamente, multiplicar sus templos (de contar, según una fuente, con 4,687 en 1878 a 9,580 en 1895), crear nuevas diócesis,

---

15 Mariano Cuevas, *Historia de la Iglesia en México,* tomo V, México, Editorial Porrúa, 1992, p. 409.

16 Una interpretación militante, católica y conservadora, en: Francisco Regis Planchet, *El robo de los bienes de la Iglesia, ruina de los pueblos,* El Paso, Revista Press, 1936. Un estudio reciente, a la vez interpretación sosegada y académica, en: Carmen Alejos Grau y José Luis Soberanes Fernández, *Las Leyes de Reforma y su aplicación en México,* México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2021.

17 Paul Garner, *op. cit*., p. 175.

18 Ante Gillow, Díaz hizo plícita su postura, básicamente liberal: «Como Porfirio Díaz en lo particular y como jefe de familia, soy católico, apostólico y romano; como jefe de Estado, no profeso ninguna religión, porque la ley no me lo permite». Porfirio Díaz, citado en Paul Garner, *op. cit*., pp. 176 y 177.

restablecer o fundar nuevas órdenes religiosas, así como poner en pie numerosas escuelas católicas.[19] Pese a esta circunstancia, que haría pensar a cualquiera en un clima netamente favorecedor para la religión católica, el régimen consintió y financió a una prensa anticlerical y jacobina, además de que se presentaron diversos proyectos de ley –aprobados por el Congreso– que impusieron mayores restricciones a la libertad de acción eclesiástica. Aunado a esto, el porfiriato fue el contexto en el que, con el favor oficial, la ideología positivista fue mayormente inoculada en la enseñanza superior en México. Así fueron fraguándose otras futuras generaciones de mexicanos para quienes progreso y secularización se identificaban. Como Banegas Galván puntualizó, resulta equivocado suponer que la dictadura porfirista ofreció un vaivén benéfico para los católicos: «las leyes de Reforma con su insufrible opresión suspendidas sobre nuestra cabeza; la exclusión sistemática de los católicos (en pro de los liberales) de toda participación en la cosa pública y en los empleos de Gobierno; las leyes que acabaron de destruir la personalidad jurídica de la Iglesia; la amplia protección a la prensa anticatólica; el fomento y organización de la enseñanza pública para convertirla en arma contra el catolicismo, y en fin, las leyes y reglamentos opresivos de la beneficencia católica, constituyen la obra de Díaz en contra de la religión popular».[20] Añádase –cosa que dista de ser irrelevante– que el gobierno de Díaz persistió en la política de sus predecesores, abriendo de par en par las puertas del país al proselitismo protestante y de otras sectas como los mormones. Todo lo cual casaba con el proyecto deliberado de romper con la unidad religiosa del pueblo mexicano.[21]

Este ambivalente paisaje para la Iglesia durante el porfiriato debe complementarse con una breve mención sobre la actitud de la jerarquía eclesiástica y la supervivencia de la militancia católica. A menudo puede advertirse entre los obispos, comenzando por el arzobispo de México, Pelagio Labastida y Dávalos (1816-1891), un temor de disgustar a Díaz y poner en peligro la tolerancia de hecho que éste brindaba a la Iglesia. De ahí que la actitud epis-

19 Jorge Adame Goddard, *op. cit.,* p. 105.
20 Francisco Banegas Galván, *op. cit.,* p. 30.
21 Paul Garner, *op. cit.,* pp. 181 y 182.

copal hacia los laicos fuera –cuando menos desde la restauración republicana, con la citada espada de Damocles pendiente– más bien aconsejar que se abstuvieran de contender políticamente en tanto católicos, para evitar represalias gubernamentales. Tras la derrota del emperador Maximiliano y los conservadores que le apoyaban en el Cerro de las Campanas, antiguos miembros de ese partido se reorganizaron y crearon a fines de 1868 la *Sociedad Católica* con fines religiosos y no abiertamente políticos.[22] De esta entidad, encabezada, entre otros, por Ignacio Aguilar y Marocho y José de Jesús Cuevas, surgió un periódico del mismo nombre que, en abril de 1870, pasó a denominarse *La Voz de México,* que a diferencia de su predecesor sí se caracterizó por desarrollar una actitud crítica, aunque ésta fuera suavizada ante la figura presidencial y, en ocasiones, rescatase facetas de su administración. Desde 1895 tuvo como redactor en jefe al tlaxcalteca Trinidad Sánchez Santos (1859-1912), uno de los periodistas y tribunos católicos –«verbo de oro», le llamó Octaviano Márquez– más importantes en el tránsito del siglo XIX al XX.[23] A la sazón el periódico llevaba como subtítulo *Diario Político y Religioso. Órgano de los católicos mexicanos puesto bajo la protección de la Santísima Virgen de Guadalupe,* y llevaba como epígrafe la frase: «Justitia elevat gentes: miseros. Autem facit populos peccatum. (*Prov*., XIV, 34)».[24] En el prospecto del diario, publicado en 1870,

22 Jaime Adame Goddard, *op. cit.,* p. 19.

23 Hijo de un hacendado, estudió en el Seminario Palafoxiano. En la capital se volvió discípulo de los conservadores Alejandro Arango y Escandón e Ignacio Aguilar y Marocho y se consagró al periodismo, donde destacó enormemente. Después de haber colaborado y dirigido algunos periódicos, fundó en 1899 el diario *El País,* donde dejó su mayor huella para la posteridad. Véase: Sergio Rosas Salas, «Trinidad Sánchez Santos», en VV. AA., *Diccionario de protagonistas del mundo católico en México. Siglo XX,* Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2021, pp. 631 y 632.

24 Entre sus colaboradores, además de los ya mencionados, figuraron en su travesía Ignacio Anieva, José Joaquín Arriaga, Tirso Rafael Córdoba, Manuel Domínguez, Rafael Gómez, Luis Gutiérrez Otero, Agustín T. Martínez, Miguel Martínez, Manuel Revilla, José Sebastián Segura, José Joaquín Terrazas y Juan N. Tercero. Sus instalaciones estaban, en 1898, ubicadas en la entonces llamada calle de Chavarría. Circulaba el número del día a precio de tres centavos.

se hizo la siguiente declaración de intenciones: «Nuestro periódico será francamente católico y completamente nacional. Dios y la Patria serán los constantes objetivos de nuestros desvelos. Todo lo que redunde en el debido honor a Jesucristo y en el bien de Méjico, tendrá nuestro beneplácito».[25] Por esos años, gran exponente de la prensa confesional y de oposición política moderada fue también *El Tiempo. Diario Católico,* donde figuró desde su nacimiento en 1883 con el guerrerense Victoriano Agüeros Delgado (1854-1911)[26] como fundador, director y propietario.[27]

Antes de poner las manos en harina con la guerra de 1898, quizá convengan unas breves palabras sobre la línea editorial de ambos periódicos. Los dos se distinguieron por su crítica abier-

---

25 Citado en Octaviano Márquez, «Sánchez Santos, periodista», en *Obras selectas de Trinidad Sánchez Santos,* tomo II, 2ª. ed., México, Editorial Jus, 1962, p. 15.

26 Oriundo de Tlalchapa, Guerrero, hijo de español y mexicana. Estudió leyes en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la capital, si bien destacó, a partir de 1871, como literato, periodista y biógrafo, hasta ser miembro de la Academia Mexicana de la Lengua en el ocaso de su vida. Fue suya la forja de la «Biblioteca de Autores Mexicanos». Véase: Nora Pérez Rayón, «Agüeros Delgado, Victoriano», en Varios Autores, *Diccionario de protagonistas del mundo católico en México,* pp. 26 y 27.

27 En la aparición del periódico colaboró el presbítero Manuel Solé, y a lo largo de su vida pudo leerse en sus hojas a escritores como Eustaquio O' Gorman, Francisco Mesa Gutiérrez, Francisco López Carvajal, Alejandro Villaseñor, Manuel Gustavo Revilla, Francisco Pascual García y al mismo Trinidad Sánchez Santos, entre otros muchos. Octaviano Márquez, «Sánchez Santos, periodista», en *Obras selectas de Don Trinidad Sánchez Santos,* tomo II, pp. 17 y 18. El carácter confesional era evidente: no se publicaba los lunes ni los días siguientes a las festividades religiosas. Contaba tradicionalmente, a primera plana, con las secciones del «Santoral», «Directorio Eclesiástico», «Epístola de hoy» y «Evangelio de hoy». Con regularidad, en sus números podían verse publicadas las cartas pastorales de obispos mexicanos. El domicilio anunciado del periódico era Calle de la Cerca de Santo Domingo, número 4, en la ciudad de México, y su administrador era el señor Dionisio González. El precio de la suscripción era de un peso al mes en la capital, de peso y medio en provincia y de dos pesos en el extranjero. En sus páginas se anunciaban, entre otros: «Al Puerto de Veracruz», el almacén «El Surtidor», «La Caja de Ahorros», «La Mexicana. Compañía Anónima Nacional de Seguros sobre la vida», junto a otros negociados como «G. y O. Braniff & Cía.» o «La casa Dr. Williams. Medicine Company de Schenectady», de Nueva York.

ta al liberalismo –o acaso es más exacto decir que a sus rostros radicales– y asumieron una franca defensa de la Iglesia católica a menudo con el tono propio del ultramontanismo. En efecto, el papa León XIII y su magisterio son tenidos en alta estima y con una disposición combativa y apologética.[28] Esto se observa recurrentemente tanto en la cuestión social como en el tratamiento condenatorio de la masonería. Recuérdese que el papa había publicado en 1884 su encíclica *Humanum genus*, que, si bien el arzobispo Pelagio Labastida y Dávalos se negó a publicar en su día, no dejó de ocasionar fuego cruzado entre la prensa oficiosa y la réplica católica. Tanto en *El Tiempo* como en *La Voz de México* hay señas de una interpretación de la historia donde la masonería desempeña un papel muy relevante en las maquinaciones contra la Iglesia y los pueblos católicos. Inclusive podría argüirse que –sin estar en mi ánimo escamotear su importancia– fue exagerada si atendemos al peso que en ella tuvo literatura como la firmada bajo el seudónimo de Leo Taxil.[29] Esta militancia antimasónica, que seguía las orientaciones doctrinales del papa León XIII[30], parece haber incomodado a la jerarquía eclesiástica liberal y conciliadora, en tanto suponía un riesgo para el mantenimiento del *statu quo* con el Estado porfiriano.[31] Esos mismos prelados pudieron ver con preocupación la crítica hacia el gobierno porfirista que, a veces –y hasta cierto punto–, adoptaron

28 «Nuestro corazón palpita de júbilo al ver que el Señor ha permitido que se prolongue la existencia del que con tanto acierto ha sabido dirigir la nave de la Iglesia. León XIII es una luminosa estrella que por doquier derrama sus benéficos rayos y á la que dirigen las miradas de todos los sabios del mundo [...]». «Hoy», en *El Tiempo,* de 21 de agosto de 1898.

29 Salvador Cárdenas Gutiérrez, «La lucha entre masones y católicos en el Porfiriato. La creación de la Gran Dieta Simbólica de México en 1890», en José Luis Soberanes Fernández y Carlos Francisco Martínez Moreno (coords.), *Masonería y sociedades secretas en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2018, pp. 271-311.

30 Véase, por ejemplo: «Catecismo antimasónico», *La Voz de México,* de 25 de septiembre de 1898.

31 Véase: Salvador Cárdenas Gutiérrez, «La lucha entre masones y católicos en el porfiriato», en José Luis Soberanes Fernández y Carlos Francisco Martínez Moreno, *op. cit*., pp. 282 y 283.

ambos medios. Octaviano Márquez, por ejemplo, caracterizó a *El Tiempo* como «oposicionista al régimen de [...] don Porfirio, en cuanto tenía de censurable», y como era de esperarse «esto le atrajo la malevolencia de la prensa liberal-gobiernista». No obstante, como tendremos oportunidad de ver, la militancia católica de estos periódicos no fue óbice para que en sus páginas fueran recogidos textos de connotados pensadores liberales moderados con quienes compartían el llamado hispanismo.

2. Preludios de guerra

> «Tal vez la heroica España sea la vengadora de nuestras derrotas en 47».
>
> Un mexicano[32]

Desde sus prolegómenos puede advertirse que el conflicto entre Estados Unidos y España atrajo poderosamente la atención de la prensa católica en la ciudad de México, al grado de posicionarse, eventualmente, para *El Tiempo* y *La Voz de México,* como uno de los centros de interés y, por tanto, merecedor de muy holgados aparadores. Cuando la guerra era inminente, *La Voz de México* avanzó varias ideas que perfilaron todo el discurso posterior: Estados Unidos era el agresor que, fingiendo motivaciones humanitarias, en realidad buscaba «la absorción de Cuba» anhelada desde antaño, como ya vislumbrase el conde Aranda en su «memoria secreta» de 1783.[33] Las pretensiones imperialistas estadounidenses eran comparadas con la voracidad de «una caravana de beduinos» que se arrojaba sobre el botín, «contra toda noción jurídica», contra el Derecho de Gentes, y todo esto con un proceder que no podía sino «sembrar el pánico de las naciones latinoamericanas» al verse amagada «su soberanía». Estados Unidos pretendía imponer la fuerza militar sobre

32 «La campaña de Texas y McKinley», *La Voz de México,* de 19 de abril de 1898.

33 «Alrededor del conflicto», *La Voz de México,* de 19 de mayo de 1898. En el mismo sentido, al comenzar el conflicto: «El resultado de la guerra», *La Voz de México,* de 26 de abril de 1898.

el derecho, y su actuación no debería ser tolerada por el mundo civilizado en vista de que sería como someterse «al capricho» de esa nación y consumar, según se decía, una regresión al mundo antiguo o medieval. España, por otra parte, «ha cumplido» desde que buscó una solución pacífica, ofreciendo un armisticio a la insurrección cubana que «era compatible con su dignidad». Por tanto, se aseguraba, «todas las simpatías del mundo tienen que estar de su lado». Si a pesar de sus esfuerzos la guerra estallaba, se esperaba que España fuera vencedora. Pero aún si no lo consiguiera, al dar «una heroica faena por la paz» habría triunfado moralmente. Dadas las circunstancias, la responsabilidad por lo que fuera a acontecer debía apuntar como las brújulas hacia el norte: «si [...] las olas del Atlántico se tiñen de sangre, ella pesará, ante la historia y ante la justicia de Dios, íntegramente sobre los Estados Unidos».[34]

Sobre todo, fue a partir de un mensaje del presidente estadounidense, William McKinley, en el Capitolio de Washington, publicado el día 13 de abril, que esta prensa católica vio desbordar su indignación. El discurso del mandatario fue adjetivado como «farisaico», y todo el «aparato bélico» montado por Estados Unidos como una «colosal farsa». La mentira era el cimiento sobre el que se sostenía todo el entramado político estadounidense, «desde la democracia que se apoya en la esclavitud social y práctica de muchos millones de hombres». En *La Voz de México* se denunciaba que las palabras del mandamás yanqui respondían a una maniobra de intimidación, con el objeto de que España se doblegase ante las demandas del gobierno que presidía. Con todo, ésta respondería «con la seriedad y la resolución de un pueblo que cuenta las más brillantes glorias militares de la Historia». La alocución de McKinley era tachada como «indign[a] de un hombre de Estado», rebosante de hipocresía. McKinley se condolía por la muerte y el sufrimiento acumulado durante la larga guerra en Cuba, pero «¿quién es el que ha fomentado esa guerra, quién, sino los Estados Unidos?». El argumento esgrimido, el del humanitarismo, no era congruente con la política estadounidense, «nación cristiana» que había «visto con indiferencia glacial las

34 «España está justificada», *La Voz de México,* de 12 de abril de 1898.

horrendas matanzas de cristianos en Armenia» a manos de los turcos otomanos. La lejanía de aquellos hechos como posible justificación de la inacción estadounidense era poco convincente: «¿cuándo se conmovieron durante la prolongadísima época en que los ingleses de Belice armaban á los indios rebeldes de Yucatán, para sostener una guerra bárbara por más de cincuenta años? Y sin salir de casa, ¿hay noticia de que la ternura yankee que hoy rompe el corazón del tío Samuel se conmoviera ante la execrable matanza de indios en el territorio norte-americano, ante esa cacería humana que los yankees perpetraron fríamente por espacio de muchos años?»[35] Si bien el escrito no aparecía firmado, por otros textos publicados en *La Voz* puede inferirse que quien hacía notar las aporías en el relato estadounidense era su director, Trinidad Sánchez Santos.

El Tiempo, por su parte, reprochó que el citado mensaje de Washington no solo equivalía a una declaración de guerra contra España, sino también contra los principios del derecho internacional. Además, se rechazaba que de manera arbitraria McKinley hablase «en nombre de la humanidad» para reclamar «el derecho a intervenir en los asuntos cubanos, cuando aún ignora lo que es la humanidad un pueblo que [...] contaba entre sus instituciones la esclavitud y donde el lynchamiento es permitido». Para el editorialista de *El Tiempo*, ya proviniese de la pluma de Victoriano Agüeros o por lo menos contase con su venia, el gobierno estadounidense carecía de autoridad moral para recriminar a España su campaña contra los rebeldes cubanos, pues en su reciente contienda contra los confederados perpetraron «mil y mil actos mucho más reprobables». Interpelaba el periódico mexicano: «¿quién le ha dado derecho a McKinley para representar á la humanidad? ¿Quién le ha facultado para trastornar las leyes internacionales [e] imponer una intervención que ni los insurrectos solicitan ni España puede tolerar?» Toda la imputabilidad por el inminente conflicto bélico era de Estados Unidos, y lo que más llamaba la atención al periódico católico era que se estaban atribuyendo la representación de la humanidad «los que más enemigos son de ella».[36]

35 «El mensaje de McKinley», *La Voz de México,* de 14 de abril de 1898.
36 «El mensaje de McKinley», *El Tiempo,* de 13 de abril de 1898.

Las palabras de McKinley tocaron una fibra sensible en la memoria de los mexicanos cuando, tratando de legitimar su postura en torno a Cuba, ofrecieron como antecedente loable la actuación del gobierno estadounidense durante el proceso secesionista de Texas, junto al reconocimiento y posterior incorporación de ese territorio a su Unión en 1845. La reacción de *El Tiempo* no se hizo esperar, al calificar como «disparates» las aseveraciones de McKinley, las cuales recordaban sin empacho «el mayor despojo que ha visto el siglo actual». Cuando la obligación moral del gobierno estadounidense debió ser conservar su neutralidad ante un conflicto doméstico de otra nación, en su día éste más bien se apresuró «á anexárselo para que la cuestión del interior se hiciera internacional. Es decir, se hizo entonces lo mismo que ahora está sucediendo con Cuba». Aquella alusión de McKinley conllevaba «avivar la mala voluntad con que todo mexicano ve á los norteamericanos». Lo ocurrido con Texas no podía ser olvidado en México y debía ser tenido en cuenta al calibrar las acciones futuras de Estados Unidos.[37] Concorde con uno de los ejes temáticos de esta prensa católica, oportunamente se dedicaba una pequeña nota para hacer constar que McKinley era masón.[38] En los preludios de la guerra, esta prensa católica emprendió una intensa y agresiva campaña periodística anti-estadounidense, «el país de las doctrinas nuevas, inadmisibles y odiosas», que por entonces llevaba a cabo, contra México, una suerte de «conquista pacífica» mediante la inoculación del protestantismo y la compra de tierras aquende el Río Bravo.[39]

La Voz de México reprodujo un escrito aparecido en *El Correo Español,* en el que un anónimo, bajo el seudónimo de «un mexicano»[40], acusaba a McKinley de dirigir «la misma política

37 «Más comentarios al mensaje de McKinley. La usurpación de Texas», en *El Tiempo,* de 16 de abril de 1898.

38 «McKinley masón», *El Tiempo,* de 19 de abril de 1898.

39 «Peligro inminente. Atrás en yankee», *El Tiempo,* de 15 de abril de 1898; «España y los Estados Unidos. El país de las doctrinas nuevas, inadmisibles y odiosas» y «Refuerzo para los conquistadores pacíficos. El Ejército de Salvación», *El Tiempo,* de 20 de abril de 1898.

40 ¿Es posible que detrás del seudónimo se hallase el célebre escritor liberal Francisco Sosa Escalante? Seudónimo, temporalidad y periódico pa-

que llevó a cabo en 1847 el Gobierno de los Estados Unidos con la República Mexicana», y al evocar el asunto texano en su mensaje se reflejaba, por parte estadounidense, un enraizado «odio á nuestra raza y el deseo de arrebatarnos una parte de nuestro territorio». Muy reveladoramente se deslizaba la posibilidad –que desde luego era más un ferviente anhelo– de que «la heroica España sea la vengadora de nuestras derrotas en 47»[41] El periódico dirigido por Sánchez Santos observaba que, con el proceder del gobierno de Washington, incluso muchos mexicanos liberales habían visto caer las escamas de sus ojos, las que habían prevalecido bajo la forma aparentemente benigna de la Doctrina Monroe. «¡Qué tiemble México, porque hoy se trata de Cuba, mañana se tratará de Yucatán, después, cuando á la muerte del actual jefe de Estado ó en cualquiera otra emergencia se perturbe la paz, vendrá el protectorado político para garantir la tranquilidad y el capital de los ciudadanos americanos, desde Monterrey, que es ya étnica y comercialmente una prolongación de Texas, hasta el Istmo de Tehuantepec, que es el puente del mundo; después la absorción, y con ella la esclavitud».[42]

Para esta prensa católica la guerra en vísperas debía escaldar al público mexicano porque distaba de ser asunto remoto y extraño. Antes bien, los intereses y aun la supervivencia de México como nación, según se propalaba, dependían de ella. Al borde de las acciones bélicas, *La Voz de México* publicó un artículo muy elocuente respecto al entrelazamiento de los intereses españoles con los propios, declarando una vez más dónde estaban cifradas sus simpatías ante el cercano choque: «La causa de España es la de México». La postura de los patriotas debía ser, pues, la de favorecer la victoria hispana, y los periodistas contrarios, los «ayankados», eran los que recogían «los centavos grasientos de

---

recen dar pie a sospecharlo. María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México,* México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1985, p. 163.

41 «La campaña de Texas y McKinley», *La Voz de México,* de 19 de abril de 1898.

42 «¡Qué tiemble México!», *La Voz de México,* de 19 de abril de 1898.

cuantos en su ignorancia odian á España», los aduladores de los «jingoes» que con justicia merecían el adjetivo de traidores.[43]

En el más que probable caso de que Estados Unidos y España lucharan, *El Tiempo* reproducía el análisis de expertos franceses donde se señalaba que no había «una desproporción considerable» entre ambas marinas de guerra, reconociendo que la estadounidense era superior daban por seguro, empero, que los españoles eran «esencialmente bravos» y «se batirían con todo el corazón».[44] Por su lado, *La Voz de México* aventuraba que, en la guerra en ciernes, «España no estará aislada». A partir del seguimiento que realizaban de la prensa europea, decían palpar en el ambiente una generalizada condena de la actuación estadounidense. «Es imposible que el mundo se resigne al inicuo y brutal principio en que los Estados Unidos apoyan su conducta, el principio de que una nación puede intervenir en los actos de la soberanía de otra, sin más razón que la fuerza». Con estos razonamientos, auguraban que habrían de involucrarse otras potencias, pues no era sólo España la agredida, sino «los principios en que descansa la organización de las naciones».[45] Por momentos, dicha argumentación pareció premonitoria de lo que ocurriría tan sólo 16 años después, con Serbia y no Cuba como «manzana de la discordia», desembocando en la Gran Guerra.[46]

Como detalle adicional, en las páginas de esta prensa hubo mención de una idea ventilada por el periódico *El Nacional*, relativa a la propuesta de que la isla de Cuba, en plena guerra civil desde 1895, pasara a la soberanía mexicana como una solución de la crisis y última baza para evitar la contienda, con la ventaja añadida de que se evitaría que el Caribe quedara monopolizado por Estados Unidos.[47] Periódicos como el *Mexican Herald* oteaban la posibilidad de que Washington aprobase la cesión de la isla al país gobernado por Porfirio Díaz, con tal de que América Latina

---

43 «La causa de España es la de México», *La Voz de México,* de 21 de abril de 1898.

44 Mauricio Loir, «La marina española y la norteamericana», *El Tiempo,* de 14 de abril de 1898.

45 «España no estará sola», *La Voz de México,* de 16 de abril de 1898.

46 «Alrededor del conflicto», *La Voz de México,* de 18 de mayo de 1898.

47 Lorenzo Meyer, *op. cit.,* p. 67.

no se inquietara en demasía ante un nuevo ensanchamiento del poderoso vecino. En *La Voz de México* se recogió a propósito una noticia de su colega, *Le Courrier du Mexique,* donde se avizoraba que, dada esa circunstancia, el general oaxaqueño «se cuidaría mucho antes de aceptar el regalo que los americanos pudieran verse tentados á ofrecerle».[48] Como es sabido, esa idea peregrina no tuvo visos de prosperar y, pronto, las ocurrencias cedieron el paso a los cañonazos.

3. El optimismo rampante

> «Si desde México á la Patagonia no hubiera ese miedo cerval, ese vil temor á los Estados Unidos, es evidente que se construiría en un momento la hegemonía ibero-americana».
>
> *El Tiempo*, 3 de mayo de 1898

La expectativa que la guerra generó en el seno de la sociedad mexicana fue reconocida sin ambages por *El Tiempo*: «El actual conflicto entre España y Estados Unidos es el tema obligado de todas las conversaciones y en los corrillos, en los cafés, en los centros de reunión no se habla de otra cosa sino de la guerra, y se discuten las probabilidades de triunfo». Este mismo diario registraba que tanto el Club Americano como el Casino Español eran focos principales de una permanente tensión, y que, por tanto, se mantuvo en tales círculos una verdadera obsesión por conocer las notas divulgadas por las agencias cablegráficas.[49] Mas, nos aclaraba, ni lejanamente se trataba de una contienda que mantuviera alerta sólo a las respectivas colonias de las dos naciones envueltas. Si bien la guerra de 1898 cautivaba las miradas del mundo entero era, según el diario, por circunstancias de vida o muerte que «á los mexicanos interesa más que á ninguno otro de los pueblos que presencian aquella lucha», pues, se afirmaba,

48 «Cuba mexicana», *La Voz de México,* de 17 de abril de 1898.

49 «La guerra entre España y Estados Unidos», *El Tiempo,* de 28 de abril de 1898.

«después de Cuba, nuestra Patria es la presa más codiciada por los Estados Unidos».[50]

La Voz de México también resaltaba este magnetismo que la contienda ejerció sobre el público, citando el reconocimiento por parte de otros periódicos como *El Nacional:* «No se habla de otra cosa en México. En el periódico se buscan de preferencia los telegramas que á ella se refieren. Es increíble lo que ha interesado, y con justicia, al público lector, esta guerra que ha impedido que terminara el siglo XIX pacíficamente».[51] Asimismo, el diario dirigido por Sánchez Santos protestaba ante la prensa liberal y subvencionada que, para refrendar la neutralidad del gobierno porfirista, aseguraba que en el país existía una alta estima –y olvido de cualquier agravio pretérito– hacia las colonias española y estadounidense. Para *La Voz*, sin embargo, a diferencia de alemanes, franceses o españoles residentes en el territorio, «no sucede lo mismo con la colonia americana», a la que se considera en México «una avanzada de la conquista pacífica» y un elemento «exótico» poco o nada dispuesto a integrarse porque «desprecia nuestra raza» y solo busca enriquecerse para después «salir del país sacudiendo el polvo de sus zapatos».[52] Era engañarse atribuir, como hacía un citado diario genovés, cualquier animosidad antiestadounidense únicamente a la colonia española, dado que «toda la poblacion de México con contadísimas [excepciones] simpatiza con España porque comprende que la causa de ésta es la nuestra, ya que el yankee lo único que pretende es apoderarse de todo el continente occidental». Ciertamente el gobierno de Díaz se declaraba neutral, y a veces se reconocía irreprochable esa determinación, pero aquello no quitaba que «todos los mexicanos seamos antiyankees hasta la médula de los huesos y anhelemos el triunfo de España», aunque estuvieren de momento condenados a la condición de espectadores.[53]

Desde las jornadas previas al inicio oficial de las hostilidades, *El Tiempo* refrendaba a los cuatro vientos hacia dónde se

50 «Ayankados», *El Tiempo*, de 2 de mayo de 1898.

51 «La Guerra», *La Voz de México,* de 28 de abril de 1898.

52 «México neutral», *La Voz de México,* de 24 de abril de 1898.

53 «La neutralidad de México. Ante la prensa europea», *El Tiempo,* de 19 de mayo de 1898.

inclinaba el sentimiento, cuando publicaba una «Excitativa» a la unidad y a la contribución económica de la colonia española en respaldo de su gobierno, a la vez que daba a conocer diversas manifestaciones populares y ofrecimientos de plegarias en apoyo a España, provenientes de ciudades y pueblos como Morelia, Pátzcuaro, Jilotepec, Veracruz o Puebla, entre las que se hallaban proclamas patrióticas como la del presbítero español Bernardo Berro y Pereyra.[54] Como se puede colegir al examinar el periódico, en las oficinas de *El Tiempo* se hacía publicidad de las colectas, donativos y suscripciones que luego la Junta Patriótica Española habría de canalizar hacia donde fuere menester, en apoyo del esfuerzo bélico peninsular.[55]

A punto de publicarse la declaración de guerra de Estados Unidos, del 25 de abril, el editorial de *El Tiempo* comunicó otra vez su toma de partido usando figuras y elementos retóricos destinados a volverse recurrentes. Era una lucha como la de David contra Goliat[56]: «España es noble, es leal, es buena [...] El yankee es el enemigo de nuestra raza, el suscitador de la rebelión, el auxiliador del mambís, el injuriador de España [...] España está muy pobre. Los Estados Unidos muy ricos. ¡Bueno! El valor, la disciplina, la abnegación, el patriotismo del soldado, no se compran con todo el oro del mundo [...] Nuestros votos sinceros por el triunfo de las armas españolas [...] Dios no permitirá que quede sancionada la más grande de las injusticias que se registran en este siglo. El gigante no es bastante fuerte para cargar con la maldición de todos los pueblos civilizados, aunque levante millones de aventureros, aunque conquistara a todas las Rusias».[57]

En *La Voz de México* se publicó un artículo firmado por el escritor, poeta, abogado y político veracruzano Andrés Ortega Celis, quien en ese contexto bélico evocaba el viejo proyecto del religioso chileno José Ignacio Eyzaguirre que incluía una alianza

---

54 «A la colonia española», «Elocuente manifestación en favor de España», «A los Españoles», «¡Viva España!», «Simpatías por España» o «¡Por España!», *El Tiempo,* de 21, 26, 29 y 30 de abril, y 2 de mayo de 1898.

55 «¡Por España!», *El Tiempo,* de 30 de abril de 1898.

56 «Sufrir en silencio», *La Voz de México,* de 11 de mayo de 1898.

57 «La guerra. Noble actitud de España», *El Tiempo,* de 23 de abril de 1898.

«ofensiva y defensiva» entre España y las repúblicas hispanoamericanas.[58] En tanto, la postura inicial de *El Tiempo* parecía albergar proyectos de envergadura dentro de una interpretación providencialista de la historia. La guerra entre España y Estados Unidos era estimada como una oportunidad suscitada por Dios: «La Providencia pone en nuestras manos la ocasión más propicia para librarnos del yugo insoportable yankee». No sólo era una coyuntura favorable para México, sino para «todos los pueblos iberoamericanos». Si bien la inminente guerra era achacada a «la perversidad y la noblez [sic] yankees inflamadas por la ambición vil y los intereses mercantiles de ese pueblo tan innoble como orgulloso», era una ocasión propicia para crear una «coalición de todos los pueblos ibero americanos» que podía quedar «pactada y formada solemnemente». Su propósito sería ganar «la absoluta independencia del yankee» y «echar por tierra la doctrina Monroe y las novísimas doctrinas McKinley, que son tan humillantes y tan amenazadoras para todos los pueblos y naciones de las Américas». *El Tiempo* llamaba, pues, de hecho, entusiastamente y acaso de manera contradictoria con su ocasional comprensión de la neutralidad guardada por el gobierno porfirista, a la formalización de una unión política o militar de las naciones hispanoamericanas en apoyo de España y contraria a Estados Unidos, reprochando con anticipación a quienes «ciegos ó dementes» dejan pasar «el momento de protestar, de sublevarse contra las influencias yankees; contra sus locas pretensiones de dominio absoluto de la tierra que descubrió Colón». Para el editor, se trataba de una oportunidad extraordinaria, única, «CUASI MILAGROSA», con mayúsculas, que difícilmente se repetiría en la historia, por lo que era necesario precaverse de «la misma Providencia [que] se venga de los insensatos que no quieren aprovecharse de sus favores».[59] No sólo se hicieron en este periódico dichas advertencias, sino que se propusieron pautas de acción contra Estados Unidos, dirigidas a explotar sus flancos débiles. Básicamente, señalaban las profundas fracturas de su sociedad y sugerían ideas para aprovechar

58 Andrés Ortega, «España y los Estados Unidos», *La Voz de México,* de 1 de mayo de 1898. Véase José Ignacio Víctor Eyzaguirre, *Los intereses católicos en América,* París, Librería de Garnier Hermanos, 1859.

59 «La guerra ha llegado», *El Tiempo*, de 24 de abril de 1898.

esas fisuras: «Promover la sublevación de las tribus numerosas de indios que están en las reservaciones», así como la de «16 millones de negros y *gentes de color* cuyo odio al yankee es inveteradísimo» a pesar de la reciente abolición de la esclavitud, así como alentar el rencor de los derrotados sureños que guardaran resentimientos desde la guerra de secesión estadounidense.[60]

Para el editorial de *La Voz*, y presumiblemente para la pluma de Sánchez Santos, la guerra entre Estados Unidos y España afectaba «profundamente nuestra integridad territorial». Nuestros vecinos del norte demostraban su voracidad expansionista y su habilidad para utilizar «el anzuelo diplomático de las emancipaciones políticas». Ayer había pasado con Texas y con Hawaii, y en el presente era lo que ocurría en Cuba. De tiempo acá los estadounidenses irrumpían como los nuevos bárbaros, pero se trataba de una nación de comerciantes e industriales revestidos a la sazón «con el morrión guerrero». Aunque era de preverse un primer empuje irresistible de los estadounidenses, como «el de toda máquina bien alimentada», a la postre el resultado sería «el abatimiento, por los suelos, de la más ignominiosa derrota de ese coloso, amago de la América». En el caso contrario, el de una victoria de las barras y las estrellas, las consecuencias para México serían en extremo funestas: el festín continuaría con el bocado de Yucatán. Ante ese riesgoso escenario, se reconocía una realidad mexicana que era contrastante con la extrema debilidad de épocas anteriores. En esta parte se puede divisar toda una valoración del México porfiriano: Díaz había brindado duradera paz, las viejas querellas civiles se habían apaciguado, la amenaza revolucionaria era contenida bajo el puño firme del caudillo, las finanzas eran boyantes, los ejércitos de la República se habían modernizado, «fuerzas materiales las tenemos [...] ¿Pero las fuerzas morales? ¿la fe política, el fervor patriótico, la dignidad autonómica, en dónde se encuentran? ¿qué se ha hecho, qué se hace para vigorizarlas?». Ahí estaba el talón de Aquiles del México porfiriano. De manera preocupante, durante el gobierno de Díaz la fascinación hacia los progresos técnicos y científicos daba pie a la ascendente admiración, al «respeto y hasta [el] miedo» por Estados Unidos, «por esa

60 «Medios para contrarrestar el poder ominoso del odiado yankee», *El Tiempo,* de 3 de mayo de 1898.

raza [anglosajona] en que parecen vinculadas las osadías del mitológico Prometeo». Era necesario, pues, con urgencia, concientizar al pueblo mexicano respecto a las falencias del aparentemente envidiable vecino, y recordarle su probada enemistad secular. Por encima de todo, era preciso apuntalar «la unidad religiosa» de México como «inagotable fuente de heroísmos» capaz de prevalecer ante los prodigios de las fuerzas técnicas, meramente humanas.[61] Cerrar filas en torno a la religión católica, incorporarla como fundamento, era lo que más urgía al gobierno de don Porfirio. Aunque no lo recordaba el artículo, en realidad era lo que restaba a Díaz para consumar el proyecto político de Lucas Alamán, el principal ideólogo decimonónico del conservadurismo mexicano.[62]

Las voces afines se hicieron escuchar. Al espigar entre las hojas de ambos periódicos de la capital, resulta que también son una ventana para asomarse a las provincias. Se citaba al *Diario de Jalisco,* que a través de uno de sus colaboradores consuetudinarios, el historiador Alberto Santoscoy –que fuera director de la Biblioteca Pública de Jalisco y Jefe del Archivo de la Mitra de Guadalajara–, coincidía a la hora de denunciar al imperialismo estadounidense, «la política inmoral que señorea allende el Bravo», ante la cual «no puede haber mexicanos dignos de ese nombre que cometan la torpeza de favorecer ni aún con sus simpatías la causa del Coloso que amenaza esclavizar á la América Latina».[63] Eran recogidas también las sentencias de *El Apologista de Irapuato*, del estado de Guanajuato: «Cada vez que como en la época actual, presenciamos una nueva iniquidad cometida por ese pueblo que pomposamente se ha abrogado[sic] el título de civilizado y progresista, cuando carece de las cualidades más

61 «El soslayo de la cuestión», *La Voz de México,* de 29 de abril de 1898.

62 Como refieren dos estudiosos que convergen con las conclusiones del historiador Enrique Krauze: «Es importante hacer notar aquí que el proyecto político de Alamán y Tornel en 1853 no difería tanto del sistema político, y en teoría liberal, que acabaría por imponer el general Porfirio Díaz en 1876». William Fowler y Humberto Morales (cords.), *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX,* México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Saint Andrews University/Gobierno del Estado de Puebla, 1999, p. 18.

63 Alberto Santoscoy, «México y la actual guerra», *La Voz de México,* de 2 de mayo de 1898.

elementales que caracterizan á las naciones verdaderamente civilizadas, vienen á nuestra imaginación aquellas proféticas palabras "Del Norte vendrá todo mal" escritas por la mano invisible de la Divinidad».[64] Desde Morelia, bajo el seudónimo de «Javier Méndez», el sacerdote y vicerrector del Seminario Tridentino, Francisco Banegas Galván, llamaba la atención sobre las consecuencias que habría de tener para México el conflicto entre España y Estados Unidos, cuyo pueblo es «nuestro enemigo natural». De ganar éstos –sentenciaba tras realizar un recorrido histórico de sus acciones lesivas para los intereses nacionales– la conclusión era que «crecerán en poderío, aumentarán su soberbia y naturalmente querrán ejercitar en más alto grado su insolente protección». De modo que «la causa de España es, pues, nuestra causa; su victoria será nuestra, y nuestra su derrota», pese a que, según él, tanto el derecho internacional como las circunstancias le imponían al gobierno de Díaz la neutralidad, a pesar de que «en realidad ningún pueblo de la tierra está tan comprometido en este conflicto como nosotros». En cualquier caso, al menos se permitía brindar su bendición y sus vítores detrás de la barrera: «¡Dios proteja á España! ¡Dios salve á nuestra patria!».[65]

El Tiempo informó de los primeros actos bélicos, incluyendo los anteriores a la declaración oficial de guerra, calificándolos de contrarios al derecho de gentes, como el bloqueo a las ínsulas hispanas en el Caribe y algunas capturas de barcos españoles por la marina estadounidense.[66] Las primera embestidas de los yanquis fueron consideradas «insignificantes», aunque «con todo y eso llevan el sello del salvajismo, de la falta de lealtad de ese pueblo tan jactancioso».[67] Ya en los preludios de la guerra, este periódico había publicado análisis de las flotas enemigas, como el de Pedro Novo Colson, y pregonó que mantendría una cobertura exhaustiva de los hechos, teniendo en cuenta que las notas provenientes de

64 «El conflicto Hispano-Americano. Opiniones de la prensa y de notables escritores. El Coloso del Norte... he ahí el enemigo», *La Voz de México,* de 5 de mayo de 1898.

65 Francisco Banegas Galván (seud. Javier Méndez), «El conflicto Hispano-Americano», en *La Voz de México,* de 6 de mayo de 1898.

66 «La Barca Española», *El Tiempo,* de 24 de abril de 1898.

67 «La guerra. Como siempre», *El Tiempo,* de 2 de mayo de 1898.

la estadounidense *Associated Press* estaban fatalmente destinadas a tergiversar a favor de los suyos y que, en consecuencia, en *El Tiempo* habría cuidado de desmentir sus notas siempre que fuera menester.[68] *La Voz* compartía que era «preciso desconfiar absolutamente de los telegramas que publica la prensa en México», dependiente de la agencia cablegráfica neoyorquina, por lo que, para evitar los efectos desmoralizantes de la manipulación mediática, era imperativo que los telegramas recibieran «constantes cuarentenas».[69] En el caso de *El Tiempo,* la sección «Comentario del día» pretendió analizar, convenientemente cribada, la información emanada de los cables internacionales. Esa desconfianza hacia las versiones estadounidenses tuvo como consecuencia dejar en suspenso la explicación sobre hechos de armas que, previamente, otros rotativos anunciaran como desfavorables para España, hasta la más tardía recepción de la prensa europea.

Tanto en *El Tiempo* como en *La Voz de México* eran reproducidos artículos y notas provenientes del extranjero, particularmente estadounidenses, ingleses, españoles, franceses y, en menor medida, italianos. Entre los españoles, destacan los que provenían de *La Época* y *El Siglo Futuro*, de Madrid. En *El Tiempo* se transcribió un Manifiesto de D. Carlos, en carta suya a Juan Vázquez de Mella, en pro de la unidad de los españoles en la lucha contra Estados Unidos, y donde, en cualquier caso, habrían de contar con el reclamante del trono a la manera de como se disponen «a retaguardia cañones cargados de metralla, que obligan á batirse á la desesperada á los que temen más la muerte que el deshonor», en clara alusión a «los partidos y consejeros de la regencia».[70] A veces puede entreverse en estos periódicos católicos mexicanos una deferencia hacia los carlistas e integristas, pero también simpatías hacia Cánovas, cuyo asesinato se lamenta porque, llegó a decirse, pudo evitar la crisis que derivó en aquella guerra.[71] En otras

68 «La guerra», *El Tiempo,* de 26 de abril de 1898.

69 «El resultado de la guerra», *La Voz de México,* de 26 de abril de 1898.

70 «Manifiesto de D. Carlos», *El Tiempo,* de 10 de mayo de 1898.

71 «Comentario del día», en *El Tiempo,* de 29 de mayo de 1898. «Cánovas», *El Tiempo,* de 9 de agosto de 1898. En el mismo periódico se publicó, por una serie de entregas, un trabajo de Manuel Gustavo Revilla, «Cánovas y las letras».

ocasiones, como en *El Tiempo* de Victoriano Agüeros, se reprochaba a los republicanos y a «algunos carlistas» que, a su manera de ver, «posponen el sentimiento patriótico, para dejar el paso á mezquindades y á ambiciones» que perjudicaban en ese trance a la nación española, mientras que, dentro de una retórica que parece favorable al régimen vigente, a la Reina Regente la consideraban de «virtudes excelsas» y «digna por todos los títulos del respeto de los pueblos civilizados y del amor de sus súbditos».[72]

En una de esas ocasiones donde una personalidad de relieve firmaba un artículo de opinión, el jurista, escritor y, en años posteriores, político liberal, el tapatío José López Portillo y Rojas (1850-1923)[73] se refirió a la contienda con «asombro sin igual», dado que la actitud de Estados Unidos «no tiene precedente en la historia de la diplomacia». La intervención de Estados Unidos en los asuntos de Cuba era cuestionada por este escritor: «¿quién ha dado á esa nacion la suprema competencia que se arroga para definir *urbi et orbe* cuando un pueblo debe ser libre? ¿De dónde le viene esa altiva superioridad para disponer de los destinos de las colectividades humanas?». López Portillo y Rojas criticaba con severidad que Estados Unidos se erigiera «en tribunal anfictiónico unitario en este continente». Con la guerra de McKinley, Estados Unidos volvía por caminos que se creían superados: «es la reapertura de la inicua era de los Polk y los Taylor; es la renovación del sistema de expansión violenta y de conquista belicosa que parecía haber abandonado para siempre». Recuerdos especialmente dolorosos para un mexicano que, como él, había nacido y crecido a la par de la mutilación sancionada por el Tratado de Guadalupe-Hidalgo (1848), su prolongación en el Tratado de Gadsden (1853) y el felizmente no ratificado Tratado McLane-Ocampo (1859).

Este escritor reprochaba la hipocresía estadounidense, que buscaba justificar su intervención en Cuba pretextando que era humanitario frenar una sangrienta guerra civil que ellos mismos

72 «Comentario del día», *El Tiempo,* de 16 de junio de 1898.

73 Periodista, novelista, viajero, abogado, fue diputado y senador antes de ser gobernador de Jalisco, postulado por el Partido Católico Nacional, entre 1912 y 1914. Luego fue Secretario de Relaciones Exteriores durante el gobierno del general Victoriano Huerta, fue además director de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1916 hasta su fallecimiento.

habían estimulado al brindar a los rebeldes de la isla toda clase de apoyo armamentístico. Para él, España había realizado todo lo honrosamente posible para evitar la guerra y Estados Unidos la había precipitado con sus humillantes demandas. «Las naciones latino-americanas en este conflicto no pueden estar del lado de los Estados Unidos; aliarse á ellos sería sufrir su sujecion irremediable material ó moral, á ese pueblo soberbio». La política agresiva de Estados Unidos era la de un gigante que abusaba de otras naciones comparativamente menores y débiles. La actitud de omnipotencia estadounidense exponía a las otras naciones del continente. Por todo ello, pese a la admiración que en muchos aspectos puede suscitar Estados Unidos, «en la ocasion presente vuélvense todas nuestras simpatías al lado de España, de ese pueblo pobre pero altivo, escaso pero heróico [...] El triunfo de España serviría de contrapeso á la omnipotencia americana y aseguraría la integridad e independencia de los pueblos latinos de este continente». Enseguida la prosa del jalisciense adoptaba un tono de apasionada apología hispanista: «la actitud de España es muy hermosa. Ponerse sola, aislada y débil frente al gigante» cuando ni Napoleón III o los ingleses se atrevieron a tanto. «Si los Estados Unidos triunfan, su victoria será un abuso de fuerza; si son vencidos, su derrota será una humillación. Vencida ó vencedora, España será siempre digna de admiracion y merecerá los aplausos de la historia».[74]

Entre los episodios más memorables de esta relación de los católicos mexicanos y su postura ante la guerra de 1898 aparece, como relató *La Voz de México*, una «magna función religiosa» que tuvo lugar en el templo de la Compañía de Jesús en Morelia el 6 de mayo. Fue una celebración dirigida a la colonia española de aquella ciudad michoacana, la antigua Valladolid, y su propósito no fue otro que, según los redactores del periódico, «impetrar de Dios auxilio para las armas españolas». La Misa fue celebrada por el tesorero de la Catedral, Agustín P. Pallares, y contó como diáconos con los licenciados Francisco Fernández y Rómulo Betancourt. El coro, dirigido por Juan B. Paulín, cantó la misa de Gioachino Rossini, y el sermón fue de quien a la sazón

74 José López Portillo y Rojas, «¡Quia nominor leo!», *El Tiempo,* de 4 de mayo de 1898, y en *La Voz de México,* de 6 de mayo de 1898.

era Vicerrector del Seminario, Francisco Banegas Galván, quien en las décadas posteriores figuró entre el episcopado mexicano. Lo que entonces pronunció Banegas puede ser oteado como una perspectiva más o menos representativa de un sector eclesiástico sobre el conflicto. Para este sacerdote, cuyo destino fue encabezar la diócesis de Querétaro, desde el primer César romano que se postraba con sus legiones ante la Cruz «no había presenciado la humanidad espectáculo tan sublime como el que hoy presenta la madre España». El argumento del predicador era que las autoridades políticas españolas estaban invocando la bendición de Dios para sus ejércitos en un mundo donde las viejas creencias tendían sólo a ser destinatarias del escarnio público, en un entorno sujeto al «atroz naturalismo», donde se cifraban enteramente las expectativas de triunfo militar en «las ventajas de una alianza, en las combinaciones de la política, en el cálculo de la estrategia, y hasta en el efímero poder del oro amontonado». La guerra se había desatado en condiciones materialmente desiguales y por iniciativa de una de las partes: «el pueblo más poderoso de este Continente había retado á tremenda lid á la heroica nación española».

El agresor contaba con innumerables ventajas, siguiendo el relato, desde el oro, los buques, las armas, los hombres, el dominio de la técnica con la electricidad y el vapor, al lado de un creciente respeto por parte del resto de las potencias. España, en cambio, era glorificada por lo que había significado históricamente, desde su cruzada contra el Islam hasta la empresa del descubrimiento y evangelización de América, y a la sazón su mérito era que «ha vuelto los ojos á su pasado y ha encontrado en él una fuerza soberana». «¡Mirad, esa bandera que ha cobijado con su gloria pueblos de todos climas, se abate ante Cristo implorando su bendición; aquellas manos que han salvado a la cristiandad y gobernado el mundo, se levantan al cielo en demanda de auxilio. Esto es lo que ha hecho España: pedir á Dios ayuda, confiar en Cristo, recibir sus soldados la bendición del cielo antes de partir, defender su pecho con religiosas insignias, ir sus marinos ante el altar de Virgen Santa á jurar volver victoriosos ó no volver nunca á las playas de la patria. Esto ha hecho España; pedir su Reina oraciones y comuniones públicas, y reunirse sus hijos hasta los que viven en remotos pueblos á impetrar de Jesucristo el triunfo de su patria. En otro tiempo sería sencillo y vulgar, ahora es heroico y sublime!».

Esencialmente, Banegas realzaba la confianza que España parecía depositar primeramente en Dios, con el añadido de que esa nación actuaba a contraflujo de la historia, en un entorno crecientemente secularizado. Para el sacerdote esto era un acierto, pues en las manos de Dios están las batallas, la victoria o la derrota, la vida, el miedo y la muerte. Para demostrar el señorío de Dios sobre los acontecimientos bélicos evocaba en las Sagradas Escrituras los ejemplos de Moisés, Gedeón y Sansón. En la guerra ha intervenido permanentemente esa «fuerza misteriosa» que es la Providencia, y España especialmente debía ver en su trayectoria la protección e incluso la predilección de Dios. Materialmente España no había reunido las condiciones económicas y demográficas para convertirse en una gran potencia, y sin embargo entre los siglos XV y XVI había ejercido su hegemonía en Europa. «¿Cómo pueblo tan pequeño llegó a tanta grandeza?» Dios había estado detrás, en último término, escogiendo a Isabel, a Carlos I y Felipe II. Dios había vuelto invencibles a los ejércitos españoles en Italia y Flandes lo mismo que en América. Desde Recaredo, «en España, más que en pueblo alguno, la religión católica y la patria se han identificado».

Súbitamente el apasionado panegírico que Banegas enhebraba se veía cortado por la siguiente confesión: «Perdonad, españoles, lo que voy a decir es un pensamiento amargo en la superficie, pero dulce en el fondo y os lo dice un sacerdote que no es extraño en ninguna parte, ni menos en España. El amor tiene celos y son grandes cuando él es grande, por eso el celo es la contraprueba del amor. Dios lo ha tenido de vuestra patria; la había amado, la había protegido, la había hecho grande; un día uno de vuestros monarcas no le fué tan fiel como debiera, é injurió á la Iglesia en una de sus hijas predilectas, y Dios entonces se apartó de España y perdió su superioridad en Europa; después un ministro abrió las puertas de España á los errores modernos, y Dios permitió la pérdida de este continente; después [...] ¿pero para qué seguir? El castigo es en manos de Dios, misericordia, la bondad divina hiere para sanar [...] y yo creo, señores, que España será salva». Detrás de este discurso, tan interesante, se encuentra una mirada al pasado que en México era cara a los círculos católicos y conservadores. Esto es, el que trataba de resolver la posible contradicción entre su exaltación del pasado cortesiano-virreinal y su justificación de la secesión nacionalista, mediante la imagen de una monarquía

que se había extraviado en la vereda, que fuera infiel a quien le había dispensado sus triunfos sonoros, lacerando a la Iglesia con la expulsión de los jesuitas y la introducción de los yerros modernos, regalistas o, según esto, acaso también masónicos.[75] Banegas concluía que no podía predecir la victoria o la derrota para España en la guerra contra Estados Unidos, pero sí podía vislumbrar su renacimiento nacional al ver que aquel pueblo, sus obispos y su reina oraban públicamente por el favor divino. «¡Jesús, Rey de la gloria, Dios de los ejércitos, acoge benigno las oraciones de tus hijos! Salva á España, dale la victoria! Yo te presento para moverte en su favor, la fe de México, la fe de los demás pueblos latino-americanos y hasta de los católicos de ese pueblo con que hoy lucha! Esta fe vino de España, pues ella abrió el camino á los que evangelizaron este suelo. ¡Cristo, Rey inmortal, Dios de la gloria, salva á España! Amén».[76]

En esta prensa católica mexicana también hubo abundante lugar para la poesía de autores hispánicos, cuya selección inexorablemente se mostraba apasionada partidaria de España: Federico Balart, Joaquín Juanes, Calixto Oyuela, Rosa del Valle o José de Velilla. Entre los grandes escritores extranjeros, se recogió un sabroso artículo del nicaragüense Rubén Darío, originalmente publicado en el mes de mayo por el bonaerense *El Tiempo* y más tarde compartido por el madrileño *La Época*: «El triunfo de Calibán». Comenzaba lapidario el célebre autor de *Azul*: «No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre la-

75 El jesuita José Antonio Ferrer Benimeli, un controvertido especialista en la historia de la francmasonería, a la que suele quitar el protagonismo histórico y revolucionario que se le atribuye, concluye que, por ejemplo, el rey Carlos III ni fue masón ni favoreció a la masonería, sino que de hecho la persiguió. Asimismo, sostiene que tampoco hay pruebas de la filiación masónica de su ministro, el conde de Aranda, a quien suele verse como máximo responsable de la expulsión de los ignacianos en 1767. José Antonio Ferrer Benimeli, *La masonería española en el siglo XVIII,* Madrid, Siglo XXI Editores, 1986, págs. 260 y ss. Es un juicio que comparte otro especialista en las antípodas del citado ignaciano: Ricardo de la Cierva, *La masonería invisible,* Madrid, Fénix, 2010, pp. 438 y 439.

76 Francisco Banegas Galván, «Por España», *La Voz de México,* de 12 de mayo de 1898.

tina, son los Bárbaros. Así se estremece hoy todo noble corazón, así protesta todo digno hombre que algo conserve de la leche de la Loba». La prosa de Darío, que desde regiones australes se reconocía como antiguo partidario de «Cuba libre», continuaba impertérrita y ardiente en su indignación contra quienes acusaba como enemigos de todos los pueblos latinos: «Yo los he visto á esos *yankees*, en sus abrumadoras ciudades de hierro y piedra, y las horas que entre ellos he vivido las he pasado con una vaga angustia. Parecíame sentir la opresión de una montaña, sentía respirar en un país de cíclopes, comedores de carne cruda, herreros bestiales, habitantes de casas de mastodontes. Colorados, pesados, groseros, van por sus calles empujándose y rozándose animalmente, á la casa del dollar. El ideal de esos calibanes está circunscrito á la Bolsa y á la fábrica. Comen, comen, calculan, beben whisky y hacen millones. Cantan *¡Home, sweet home!* y su hogar es una cuenta corriente, un *banjo*, un negro y una pipa.» Darío no se mostraba muy admirador de los más célebres hombres de letras estadounidenses, acaso con excepción del incomprendido Poe, y aseveraba que un Lanier valía sólo por las gotas de sangre latina que circulaban por sus arterias. Los estadounidenses se ufanaban de contar con las más grandes maravillas técnicas y sus exitosas empresas capitalistas, «nos miran desde la torre de sus hombros, a los que no nos ingurgitamos de bifes y no decimos *all right*, como á seres inferiores». Los «enormes niños salvajes» de ese pueblo suelen ir a derramar sus cheques en París. Entre ellos «la hembra, aunque bellísima, [es] de goma elástica», su pluralismo religioso escondía un profundo materialismo: «tienen templos para todos los dioses, y no creen en ninguno». Darío celebraba que otros pensadores, abanderados del legado latino, como eran los argentinos, franceses e italianos, concordaran en su condena a Estados Unidos, su apoyo a España se fincaba en el hecho de haber sido «agredida por un enemigo brutal, que lleva como enseña la violencia, la fuerza y la injusticia» y aseveraba que su determinación era irreductible, pues «todas las montañas de piedras, de hierros, de oros y de tocinos, no bastarán para que mi alma latina se prostituya á Calibán!».[77]

---

77 Rubén Darío, «Un artículo de Rubén Darío», *El Tiempo,* de 13 de septiembre de 1898.

Originalmente publicado en Guayaquil, Ecuador, un escrito de abril de Antonio Alomía también se leyó en el México católico: «Oh, España, tente! ¿No sabes que quien te hirió es el soberbio gigante que abortaron las siniestras y prolongadas noches del polo? ¿No sabes que ese titán ha descansado mucho tiempo hundido en el pacífico sueño del cual no le arrancaban ni el bramar de los vientos ni el grito de las aves salvajes que moran entre los hielos de Septentrion, y que durante su tranquilo reposo acumuló fuerzas bastantes para desmenuzar todo el planeta?». Era la patria ecuatoriana quien reprimía sus emociones al ver que su madre, «á quien tanto quiere», enfrentaba el letal desafío del coloso. La tentación de aconsejar a España rehuir el envite era demasiado grande, pero era muy preferible la desigual lid antes que la «criminal cobardía», que sería «traicion á los altares y á la patria». En caso de ser vencida no habría vergüenza, «perecer es propio de todo lo que nace, aceptar la vileza, la infamia, sólo es propio del corazón menguado».[78]

Tanto *La Voz de México* como *El Tiempo* daban seguimiento a los acontecimientos a través de los telegramas de la Agencia Regagnon. Cuando ya se había producido el grave tropiezo de la Batalla de Cavite, en las islas Filipinas, del que casi nada se comentó durante todo el mes de mayo porque se sospechaba que las noticias de la prensa *gringa* podían ser meros embustes[79], *El Tiempo* todavía informaba sobre «La primera victoria de los españoles».[80] Durante los primeros meses de la guerra se exaltaron los pequeños y efímeros triunfos hispanos, sobre las intentonas de los estadounidenses que fueron felizmente repelidos en las costas, y se celebró que algunos barcos españoles –como el *Monserrat* de Manuel Deschamps– pudieran burlar el bloqueo impuesto por la flota de Sampson en las Antillas. Inclusive se consideró que, hasta los primeros dos meses de la guerra, los lances y escaramuzas dejaban en evidencia que Estados Unidos era un gigante con pies de barro, cuyas fuerzas armadas estaban demostrando su deficiente

78 Antonio Alomía Llori, «Notable artículo en favor de España», *El Tiempo,* de 12 de julio de 1898.

79 «No ceséis de orar por España», *La Voz de México,* de 21 de mayo de 1898.

80 «La primera victoria de los españoles», *El Tiempo,* de 3 de mayo de 1898.

accionar. Los hechos de armas habrían revelado hasta ese momento una «verdad completamente inesperada y de consecuencias que abarcan un horizonte inmenso: el Coloso del Norte no existe».[81]

Todavía en el mayo profundo podían leerse artículos que hablaban de lo ilusos que habían sido los estadounidenses al pensar que su campaña sería una feliz excursión.[82] No fue sino hasta finales de ese mes que, se aseveró, fueron conocidas las noticias más «verídicas» de los combates en Cavite, de principios de mayo, aunque su descripción todavía maquillaba el desenlace desastroso para los españoles de Montojo frente a la escuadra de Dewey.[83] Se pedía, eso sí, las plegarias de los católicos ante una situación en Manila que se sabía difícil.[84] Apenas el 5 de julio se reconoció: «Ya no es un secreto para nadie que por falta de previsión, sufrió Filipinas el ataque de los yankees y se perdió la escuadra española» del Pacífico.[85] Para entonces, era otra tragedia más grande la que se había consumado en las Antillas.

Pese a todo, a finales de mayo los diarios católicos que tenemos bajo la lupa no abandonaban sus esperanzas respecto a la escuadra de Cámara, que con mucha dilación zarpaba con rumbo al Pacífico, y en torno al combate naval que se avecinaba en el Caribe, en aguas cubanas, entre las naves de Cervera y Sampson: allá «la situación es muy distinta de la de Manila; por ambos bandos hay navíos modernos, y las dos escuadras corresponden en cierto modo á las dos teorías actualmente en presencia en la marina».[86] Esperaba a los españoles, como sabemos, el doloroso desastre. En cuanto a los combates en tierra, reinaba la confianza en el mejor armamento y espíritu combativo de los soldados españoles, contra los «ejércitos de milicianos y reclutas» e «ignorantes» artilleros de los estadounidenses.[87]

---

81 «¿En dónde está el coloso del Norte?», *La Voz de México,* de 31 de mayo de 1898.

82 «Desengaños», *La Voz de México,* de 19 de mayo de 1898.

83 «El combate de Cavite», *El Tiempo,* de 19 de junio de 1898.

84 «No ceséis de orar por España», *La Voz de México,* de 21 de mayo de 1898.

85 «Comentario del día», *El Tiempo,* de 5 de julio de 1898.

86 «Las dos escuadras», *La Voz de México,* de 29 de mayo de 1898.

87 «Comentario del día», *El Tiempo,* de 23 de junio de 1898.

4. Del desastre y la desilusión

> En suma: ni una sola de las esperanzas se salvó del cataclismo: éste ha sido completo, absoluto. Y esto, debemos repetirlo, no tiene ejemplo en la historia de ninguna ruina nacional.
>
> *La Voz de México*[88]

Cuando las horas decisivas ya habían transcurrido en el Caribe, el periódico bajo la batuta de Sánchez Santos todavía titulaba en uno de sus espacios: «La derrota de los americanos en Santiago de Cuba».[89] Efectivamente, se hacía entonces mención de los choques en tierra, en las zonas aledañas al puerto. Al día siguiente las noticias diseminadas por la prensa sobre una espectacular derrota de la flota española obligaron al periódico a aclarar que dudaban de «la exactitud de los telegramas que anunciaron la destrucción de la escuadra de Cervera», a la vez que declaraban imperativo esperar a que «el tiempo aclare la veracidad de lo ocurrido. Por ahora, creemos que aún hay esperanza de que la catástrofe resulte una mentira».[90] Por esos días, en ese mismo periódico se publicaba un folleto, «España inmortal», escrito bajo el seudónimo de «un sacerdote católico» cuya nacionalidad mexicana e identidad era conocida pero no revelada por Trinidad Sánchez Santos y sus colaboradores. En el escrito se invitaba a acudir al Tepeyac para implorar a la Virgen su apoyo para «las armas españolas en el actual conflicto». Tratase de rogar a la Guadalupana para que, en aquel trance, amparase a los defensores hispanos contra la «rapiña yanqui» e impidiera que «los enemigos de la raza latina» se apoderen de la isla de Cuba.[91] Esa misma jornada del 9 de julio en *La Voz de México* se justificaban por el silencio mantenido respecto a la situación en Santiago de Cuba, dada «la

88 «Consumatum est», *La Voz de México,* de 21 de septiembre de 1898.

89 «La derrota de los americanos en Santiago de Cuba», *La Voz de México*, de 5 de julio de 1898.

90 «La escuadra de Cervera», *La Voz de México*, de 7 de julio de 1898.

91 «España inmortal», *La Voz de México,* de 9 de julio de 1898.

imposibilidad de explicarse racionalmente el que hombre de tan famosa prudencia como el Almirante [Cervera], hubiera intentado una salida en pleno día». Todo esto justo cuando las fuerzas de infantería española habían logrado que sus enemigos pagaran muy caro el suelo invadido, pese a su inferioridad numérica. Tal «disparate monstruoso, que causaría a España una pérdida tan dolorosa como irreparable» no habría sido responsabilidad del «doblemente héroe» Cervera, sino de las «terminantes y perentorias órdenes superiores» que recibió.

Para volver a ser grande, según el redactor de *La Voz de México,* era claro que España debía antes deshacerse del liberalismo y del poder masónico. La derrota era explicada como un ejemplo de la pedagogía divina, como un castigo al hijo querido que se olvidara de sus deberes religiosos. «Dejemos que los abandonados de Dios, los hijos de Darwin deliren queriendo explicarlo todo por el número de centímetros [...] de los cañones». Ese «algo más», la Providencia que había dado el triunfo a Cortés en Otumba o a Pelayo en Covadonga, ahora reprendía paternalmente a España, invadida en sus órganos vitales por el cáncer de los hermanos tres puntos.[92] «La Providencia de los yanquis ha sido [Práxedes Mateo] Sagasta». Es a éste a quien debían «encenderle los cirios y tocarles las solfas de los armóniums anglicanos».[93]

Frente a una aparente consistencia en el discurso, es posible a la vez detectar vaivenes en la línea de *El Tiempo*, que a mediados de junio, antes de producido el desastre, en su especializada sección «Comentario del día», había asegurado que, «viendo con imparcialidad la conducta del Ministro Sagasta, nadie podrá tacharla de antipatriótica, en un solo punto, desde que la guerra fué declarada».[94] Sin embargo, cuando julio se aproximaba a su decena final, el 19, fecha en que *La Voz* también aceptaba la información, ya lamentaban la rendición de Santiago de Cuba y se decían al tanto de las versiones que apuntaban hacia un gobierno de Madrid que solicitaba la paz, decisión que no podía censurarse pues, a esas alturas, «España ha salvado ya

92 «Comentarios», *La Voz de México,* de 9 de julio de 1898.
93 «Actualidades», *La Voz de México,* de 12 de julio de 1898.
94 «Comentario del día», *El Tiempo,* de 16 de junio de 1898.

su honor».[95] Al siguiente amanecer hablaba el mismo diario de que la nación española no era culpable de sus infortunios, sino que era «víctima de un mal gobierno».[96] El responsable era «el gobierno liberal», cuyo comportamiento había sido vacilante y temeroso, eran los «gobiernos masónicos» los que «explotan á los pueblos y los corrompen», y el de Sagasta se había comportado con una gran indolencia y mayúscula falta de previsión.[97] Había un «D. Opas» al interior de España, la culpa era de «las logias, del liberalismo hijo de ellas», a la vez que se vislumbraba acaso la necesidad de «una dictadura militar que ponga los cimientos de la restauracion».[98] Antes que un levantamiento de los carlistas –cuyo triunfo se consideraba improbable–, se decía, «a esta nacion más le conviene un buen gobierno, dentro del actual orden de cosas».[99] Para entonces, cuando parecía inminente la paz, la mayor preocupación de estos periodistas católicos se desplazaba hacia las condiciones del fin de las hostilidades, esperando que Sagasta no aceptase un acuerdo bochornoso, que repugnase «al sentir de todo español bien nacido».[100] Deslizábase la idea de que «la secta es capaz de entregar Madrid», pero la indignación popular podía evitar semejante entreguismo del gobierno.[101]

A mediados de julio apareció en *El Tiempo* un artículo originalmente publicado en *El pueblo católico*, de León, Guanajuato, que avizoraba las consecuencias que para México tendría una derrota de España, entre ellas la condición de «esclavos de esa raza que odiamos y nos odia entrañablemente», se extraviarían la fe y las costumbres, «nuestra literatura, nuestra arquitectura y caerían dos plagas más sobre nosotros: el divorcio y el pauperismo». La religión católica sería tristemente sustituida por el «asqueroso

95 «Comentario del día», *El Tiempo,* de 19 de julio de 1898.

96 «Comentario del día», *El Tiempo,* de 20 de julio de 1898.

97 «Comentario del día», *El Tiempo,* de 21 de julio de 1898.

98 «Comentario del día», *El Tiempo,* de 22 de julio de 1898. Luego se desdice, y habla «no de una dictadura, porque ésta sería insuficiente, sino un gobierno militar donde se congregasen los elementos de energía y de patriotismo», como los generales Weyler y Polavieja. «Comentario del día», en *El Tiempo,* de 12 de agosto de 1898.

99 «Comentario del día», *El Tiempo,* de 23 de julio de 1898.

100 «Comentario del día», *El Tiempo,* de 3 y 5 de agosto de 1898.

101 «Comentario del día», *El Tiempo,* de 9 de agosto de 1898.

Protestantismo» y la caridad por la «ridícula filantropía interesada». El pueblo mexicano se volvería materialista y sin moral, sin mayores aspiraciones que «el trabajo continuado», con olvido de Dios y de los deberes con sus vástagos. Las sublimes obras arquitectónicas, barrocas y neoclásicas, heredadas de los antepasados serían reemplazadas por «toscos edificios de cuarenta pisos, donde ni el arte, ni el gusto, ni la estética existen [...]». Para evitar el desastre, se hacían votos para que Dios diera el triunfo a España, la raza que nos había legado lengua y religión, «y nos hizo que entráramos al convite de la civilización».[102]

En *La Voz de México* había ecos al respecto, cuando se aseveraba «que hay motivos fundados para creer que los Estados Unidos han emprendido activamente su movimiento de rápida expansión» y que «México está incluido en ese proyecto». Se mencionaba que ese plan expansivo contaba con cómplices al sur del Río Bravo, «sin que se encuentre un solo yancófilo en el campo católico».[103] Para ese entonces, contra toda evidencia, todavía había lugar para augurios contrarios a Estados Unidos, si bien fuera del radio de lo que pudiera ocurrir durante la guerra en sí misma, como al vislumbrar que ese expansionismo vertiginoso ocasionaría la formación de desequilibrios, envidias y reacciones, tanto internas como externas, que supuestamente llevarían a la ruina al naciente imperio norteamericano.[104]

El jueves 4 de agosto se dio a conocer que el gobierno español había aceptado las condiciones de paz impuestas por el vencedor, las que eran calificadas como «de latrocinio», «humillantes, desgarradoras del honor de la patria, más aun que de sus intereses». Por primera vez en el curso de los siglos, España aceptaba unas condiciones tan dañinas para su honor, lo que daba pie a poner en punto de contraste a Pelayo y a Sagasta.[105] España perdía sus territorios de ultramar. El 12 de agosto fue anunciado como jornada del oprobio, como el «día que quedará marcado en la historia de nuestra querida España con una raya

102 «El porvenir de México», *El Tiempo,* de 17 de julio de 1898.

103 «Los traidores», *La Voz de México,* de 29 de julio de 1898.

104 «Terrible desenlace en los Estados Unidos de la guerra contra España», *La Voz de México,* de 27 de julio de 1898.

105 «Pelayo y Sagasta», *La Voz de México,* de 4 de agosto de 1898.

sombría como la desdicha, negra como el dolor!! triste como la humillación!!». Había sido firmado el protocolo con unas bases impuestas por los yanquis y aceptadas por «el gobierno masónico de Sagasta». Al contar aquello el periodista mexicano se reconocía desencajado, triste al punto de no poder «coordinar nuestras ideas. ¡Pobre infeliz España! hasta qué punto te han hundido el liberalismo y la masonería! ¡Dios te consuele y haga cesar ya todas tus desdichas, pues tememos que van á venirle otras más, ahora, con la guerra civil! ¡Y tú, Méjico, pobre patria nuestra, prepárate á sufrir las consecuencias del triunfo del insolente, procaz y ambicioso yankee!».[106] La fecha en que se había firmado el protocolo con las pautas a seguir para los tratados de paz dio ocasión para que en un artículo editorial se contrastase con el 13 de agosto de 1521, cuando Cortés había consumado la conquista de Tenochtitlán: «¡Qué cambio! ¡Qué sarcasmo del destino! ¡Qué sucesos tan opuestos!» En la hora de la derrota España necesitaba de la misericordia divina, como México en el mañana, pues «el peligro yankee tanto se ha acrecentado para nuestro país desde el triunfo de los Estados Unidos, que estamos en verdad llenos de pavor aunque resueltos á combatir hasta perder la vida».[107]

Por esos días, esta prensa daba algunas noticias sobre un curioso episodio del que México fue escenario: me refiero a la presencia de un general español, Pando, al parecer encargado de una misión secreta cuyas penumbras no fueron del todo despejadas por la prensa de entonces.[108] Eran tiempos donde la prensa mostraba nuevas oscilaciones. Para que no prevaleciera solo la amargura del abatimiento, *El Tiempo* daba ocasión para la confianza en un futuro promisorio de España: libre de la sangría en población y recursos que había significado América por tantos siglos, ahora España debía concentrarse en ella misma y convertirse en gran nación, a lo que debió haberse abocado con anterioridad, mas las guerras civiles y el afán de conservar sus últimas posesiones habían significado un lastre que al fin podía tirarse por la

106 «12 de agosto de 1898», *El Tiempo,* de 14 de agosto de 1898.

107 «Notas de la semana», *El Tiempo,* de 21 de agosto de 1898.

108 «El Gral. Pando en Progreso», *El Tiempo,* de 23 de agosto de 1898; «¿A qué vino el general Pando?», *El Tiempo,* de 15 de septiembre de 1898; «Declaraciones del General Pando», *El Tiempo,* de 22 de septiembre de 1898.

borda. Era, pues, aconsejable que en adelante España no hiciese como la mujer de Lot, que «no vea para atrás, que considere su dominio en América como un incidente desgraciado del que sólo debe aprovechar la experiencia; pero que se preocupe sólo del porvenir [...]».

También había lugar para miradas desde España hacia Hispanoamérica. La prensa católica mexicana dejaba ver que *El Siglo Futuro* hacía reproches a la pasividad de «la América Latina», la que había «mirado impasible nuestra contienda y nuestras desventuras, y encerrada en una neutralidad egoísta, pero mal calculada» sólo había permitido que algunos periódicos católicos fueran militantes respecto al conflicto, en atención a la deuda histórica que tienen con «la madre patria». En especial México, ahora debía preocuparse de un camino allanado para el cada vez más osado imperialismo yanqui.[109] Evidentemente, el propósito de reproducir en México el artículo madrileño era mostrar que al otro lado del Océano, los derrotados más conscientes advirtieron que, superado el escollo español, la agresión imperialista continuaría por otros derroteros. Quienes habían señalado la amenaza habrían tenido desde el comienzo la razón. Los pesimistas augurios para México dieron lugar a que *El Tiempo* recordase en un editorial la lúgubre profecía de Lucas Alamán al final de su célebre *Historia de México*: «Stat magni nominis umbra», lo que dijera Lucano en *Farsalia* sobre Pompeyo. Como los antiguos mexicanos otrora, los actuales quedarían sepultados y condenados al olvido frente a otro pueblo que sería a la postre beneficiario de la inmensa riqueza del territorio.[110]

El desconsuelo por momentos se adueñó de los redactores de *La Voz de México.* La guerra que terminaba no tenía parangón por su «inexorable fatalismo». Todo había sido una concatenación de desastres que había dado al traste con cualquier dejo de esperanza. El optimismo primero se había fundamentado en la convicción de que España no lucharía sola contra el gigante es-

109 «El porvenir de las Repúblicas Hispanoamericanas», *El Tiempo,* de 14 de septiembre de 1898.

110 «El lugar de Méjico», *El Tiempo,* de 16 de agosto de 1898. Véase Lucas Alamán, *Historia de México,* tomo V, México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1885, p. 722.

tadounidense, más tarde en la creencia de que España reforzaría su marina para lograr prevalecer, y luego se había elucubrado que las disponibles naves españolas se concentrarían en el Extremo Oriente para al menos establecer su superioridad en ese teatro bélico y vengar la derrota de Cavite. Creyeron en la posibilidad de que Cervera o Cámara, o acaso alguna flotilla menor, asediase los puertos estadounidenses y hostilizase su comercio. Todo había sido en vano. Cervera «se fue a embotellar a Santiago, y Cámara dio un paseo tristísimo por el canal de Suez». Cuando se perdieron las expectativas en la marina éstas se cifraron en el ejército de tierra, pero las tropas españolas no se dispusieron a evitar el desembarco de los yanquis, y los refuerzos nunca se sumaron a los heroicos defensores. En esta prensa católica mexicana incluso habían confiado en que los ejércitos de la reina se rebelarían ante la instrucción de capitular en Santiago de Cuba, o que perdida esta ciudad el resto de la tropa en la isla continuara la resistencia a ultranza. Tales proyecciones se habían demostrado irreales. También se había confiado en que el gobierno español rechazaría las condiciones de paz, pero Sagasta expedito las había aceptado. «En suma: ni una sola de las esperanzas se salvó del cataclismo: éste ha sido completo, absoluto». «El pueblo español ha muerto», era la consecuencia de más de un siglo de liberalismo. «Sólo la obra constante de ese corrosivo ha sido capaz de agotar la virilidad de un pueblo que fue asombro de la historia».[111]

La retirada de las tropas españolas bien puede ser el punto en que demos por terminado este seguimiento. El soldado español fue reconocido por su heroísmo, no así su gobierno, considerado entreguista y genuflexo. «¡Qué horrible amargura para los soldados y patriotas! ¡Qué vergüenza para la nación que villanamente ultrajaron un gobierno corrompido y una secta diabólica!». Si bien Sagasta era señalado como el mayor culpable, no era más que el eslabón más reciente de una cadena de renuncias e indolencias, desde los afrancesados de Godoy hasta los gobiernos de la Restauración.[112]

---

111 «Consumatum est», *La Voz de México,* de 21 de septiembre de 1898.

112 «Los últimos convenios de paz», *El Tiempo,* de 29 de septiembre de 1898.

Con todo lo aquí expuesto, podemos concluir que los acontecimientos bélicos no correspondieron a las esperanzas iniciales que externase esta prensa católica mexicana; para poner un caso paradigmático, a través de Francisco Banegas Galván. Las expectativas de victoria hispana se esfumaron y la guerra del 98 no significó la resurrección de España en la forma de un retorno a su catolicidad tradicional, sino más bien al último y más trágico acontecimiento de un *continuum* de degradación nacional que comenzase su andadura, según esto, con la adopción, por parte de su elite gobernante, de los principios revolucionarios y secularizadores durante el siglo XVIII. En adelante España, replegada sobre sí misma, y sin los posibles inconvenientes de conservar los resabios de su antigua expansión, debía empeñarse en solucionar sus fracturas internas y reconstruirse desde otro punto de partida.

Ahora bien, queda también la sensación de que esta prensa católica, al referirse a la guerra hispano-estadounidense, estaba en realidad proyectando visiones y anhelos que atañían a la identidad y al sentido de la nacionalidad mexicana. Bien ha sostenido Tomás Pérez Vejo que los debates que entonces se dieron en los periódicos mexicanos, entre «liberales» y «conservadores», fueron «sólo el pretexto para un debate de mayor calado ideológico». En este tenor, «lo que llevó a los conservadores a ponerse de lado de España en el conflicto cubano» fue «la idea de un México, hijo de la colonia, vista de forma positiva y elevada a elemento esencial de la identidad nacional», de modo opuesto a la tesis liberal-radical, que buscaba enlazar la construcción de la nación mexicana en continuidad con un recuperado pasado indígena y pre-cortesiano. Como ha podido verse, y fue antes apuntado por Pérez Vejo, esta postura llevó a los conservadores a interpretar el conflicto del 98 dentro de un gran choque de civilizaciones, entre latinos y anglosajones, donde México estaba profundamente involucrado y llamado a tomar parte.[113] La hispanofiliación –término preferido por los argentinos Juan Carlos Goyeneche e Ignacio Anzoategui–, al menos en esta coyuntura, no pareció incomodarse ante las apelaciones al panlatinismo, acaso a sabiendas de que la potencia del conglomerado enemigo exigía una narrativa

113 Tomás Pérez Vejo, «La guerra hispano-estadounidense del 98 en la prensa mexicana», *loc. cit*. p. 303.

que pudiera reunir todos los apoyos posibles. En el fondo, de acuerdo con esta perspectiva, quizás seguía tratándose del viejo pleito entre Roma y la talasocracia de una nueva Cartago, la del atlantismo de «los rubios bárbaros del Norte» como les llamase con desdén el michoacano Salvador Abascal.[114]

En la explicación del desastre, el liberalismo y la masonería ocuparon un lugar protagónico. Además de tener ante sí una gran coalición de naciones enemigas, la anglosajona, el mundo hispánico contaba con un «caballo de Troya» puertas adentro, del que había que prevenirse y desembarazarse para sobrevivir y prevalecer. Pero cuando estos católicos mexicanos responsabilizaron al liberalismo y a la masonería de la decadencia española, siguiendo desde su ultramontanismo las coetáneas doctrinas vaticanas, en realidad se veían al espejo. Los mismos agentes eran las rémoras que evitaban la grandeza y prosperidad a la creían que México estaba llamado desde su secesión. El régimen de Porfirio Díaz, tan loable en tantos aspectos desde el punto de vista de la prosperidad material, echaba en falta el fundamental elemento espiritual que solo la fe católica podía aportar.

La derrota española no pudo sino decepcionar grandemente a estos católicos mexicanos. Con ella se evaporaron los sueños de una revancha hispánica frente a Estados Unidos, y se dejó pasar la oportunidad de que la contienda fuera acicate para un movimiento unificador hispánico bajo moderno ropaje. Más que una coyuntura favorable, los acontecimientos parecieron reforzar la propia frustración e impotencia ante un adversario incontenible. El gobierno porfirista no pudo sino acomodarse y reconoció la independencia cubana en 1902, si bien, nos dice Lorenzo Meyer, «en lo privado su elite gobernante lamentó el resultado, pues la fuerte presencia estadounidense en la isla [de Cuba] le haría difícil el ejercicio efectivo de su soberanía y el Caribe quedaba definitivamente como un lago estadounidense».[115] Para mayor escándalo de los católicos conservadores de aquellos días, como nos cuenta Jorge Adame Goddard, el secretario de relaciones de México,

114 Salvador Abascal, *La Revolución de la reforma,* México, Editorial Tradición, 1983, p. 138.

115 Lorenzo Meyer, *op. cit.,* pp. 68 y 69.

Ignacio Mariscal, durante un brindis en Washington, en octubre de 1899, refrendó la subordinación de su nación ante el coloso estadounidense: «[...] no es solamente la vecindad la que nos liga; hemos adoptado vuestras instituciones; hemos formado nuestra manera de ser política, semejante a la vuestra, y el símbolo de nuestra nacionalidad es así idéntico al vuestro –ambos son la famosa ave de Júpiter, el águila. Hagamos, pues, que ambas águilas juntas remonten su vuelo para siempre, surcando las alturas en marchas paralelas, la americana guiando, y la mexicana siguiéndola, siempre guiada por el ejemplo de su hermana mayor».[116]

A caballo entre los siglos XIX y XX todavía era el antiyanquismo –con mayor o menor intensidad– casi una condición *sine qua non* del conservadurismo católico mexicano. Como han señalado varios autores y entre ellos Pérez Vejo, en las décadas posteriores comenzaría a mudar el panorama, hasta que, según creo de manera más decisiva, el anticomunismo posterior a la Segunda Guerra Mundial tuvo que ver al invertirse esa postura, es decir, trocó la relación amigo-enemigo para usar la terminología de Carl Schmitt.[117] La «derecha» mexicana se tornó más favorable a Estados Unidos, mientras la «izquierda» ocupó en mayor medida, al menos aparentemente, la actitud contestataria ante su poder hegemónico.

116 Ignacio Mariscal, citado por Jorge Adame Goddard, *op. cit.,* p. 161.

117 Carl Schmitt, «El concepto de lo político», en Héctor Orestes Aguilar (comp.), *Carl Schmitt, teólogo de la política,* México, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 171 y ss.